

gobernador de Veracruz, que recibió y albergó á la *familia enferma*.

El 4 de Junio supimos el fusilamiento de don Melchor Ocampo, el único de estos demagogos á quien yo conocía. Era hombre suave, discreto, ameno, de excelente trato social y muy instruído en ciencias naturales. Le veía en mi casa cuando mi padre era miembro de la Junta de Agricultura, que entiendo presidía don Melchor; y hablé varias veces con él á mi vuelta de Europa, antes de mi matrimonio, acerca de intereses míos, que administraba desde la muerte de mi padre y por su recomendación expresa.

Era director del Monte de Piedad y renunció el puesto marchándose á su hacienda de Pomoca, un verjel que cultivaba por su propia mano. Allí vivía en unión de sus hijas y de una excelente señora, que cuidaba á las niñas como si fuera la madre de las criaturas. Ahora se dicen muchísimas cosas que el tiempo confirmará ó desmentirá. Cuentan, por ejemplo, que uno de los días que precedieron á la aprehensión de don Melchor, éste y su familia escucharon ruidos insólitos en una de las dependencias de la casa: parecía que golpeaban las paredes para derribarlas; parecía que arrastraban objetos pesados por los patios y corrales. Salió el Santo (ya los liberales han canonizado en estos días al pobre Ocampo) á ver lo que pasaba, en compañía de sus mozos, y oyó ruido de armas, tropel de

caballos, gritos de soldadesca furiosa, y no vió tampoco nada que le dijera de dónde venía aquello.

El día que aprehendieron á Ocampo, estaba sentado á la mesa. Preguntó por él un tal Lindoro Cajiga, guerrillero español que pelea por la santa Iglesia, y aunque los criados y la señora le negaron, el justo se presentó dando su nombre. Le montaron en un caballo de mala muerte, le llevaron por ranchos y villorrios, y al fin le fusilaron, dejando el cadáver colgado de un pirú, como si fuera el de un malhechor. Antes de morir otorgó testamento, y según dicen no tiene una sola tachadura el escrito; así estaba de firme el pulso de mi pobre amigo.

Han abundado los *plagios* en estos días: don Francisco Schiaffino está preso con los reaccionarios, que le exigen un cuantioso rescate; Caire y Pacheco cayeron en poder de una gavilla, y pagarán grandes sumas por su libertad; don Isidoro de la Torre ha sido capturado en Tacuba por una gavilla, que manda un fraile español del convento de San Joaquín. Cuando se supo, pues, la prisión de Ocampo, todo el mundo se figuró que se trataba de explotar los rehenes y de sacar una gran cantidad porque se dejara libre al bueno de don Melchor.

Gentes que han protegido á Márquez en los tiempos peores de su vida, gentes que han dado de comer á la madre del verdugo en los días de hambre, se dirigieron al repugnante asesino, pidiéndole la libertad del preso. El

muy bellaco respondió que Ocampo estaba ya muerto por orden del excelentísimo señor Presidente de la República, don Félix Zuloaga; y concluía excitando á la concordia á todos los mexicanos.

Siempre ha de ser lo mismo este malvado: los asesinatos de Tacubaya se los ordenó el Excelentísimo señor Presidente de la República don Miguel Miramón, y éste lo dispuso el nuevo excelentísimo. ¡Qué repugnante!...

¡Y luego, que llame á la conciliación y la paz un bribón que tiene como único placer derramar sangre humana!

El cadáver fué recogido por enviados del Gobierno y depositado en la iglesia de San Cosme. Dicen que tiene en brazos y piernas señales de que fué atropellado por los caballos de los reaccionarios que le aprehendieron; dicen que la cabeza y la cara las tiene horriblemente desfiguradas, y que se le han extraído de las heridas balas cónicas de pistola de Colts y no de rifle, lo que indica que no se ejecutó un fusilamiento sino un asesinato, quizás por mano de Zuloaga y de Márquez, que muy capaces son de esa atrocidad.

Nadie puede figurarse la excitación que reinó en México luego que la noticia se esparció. Recorrían las calles gentes ebrias de rabia pidiendo no sé cuántas cosas; unas hablaban de matar á los presos políticos de la Acordada y el Arzobispado; otras de fundar dictaduras, triunviratos,

comités de salud pública y convenciones; las más de salir en masa á concluir con la canalla. La Cámara de Diputados era un volcán; Montes, olvidando su gravedad tradicional, pidió con voz inflamada y vehemente que se declarara fuera de la ley á Zuloaga, Márquez, Mejía, Cobos, Cajiga, Vicario y Lozada; ofreciéndose 10,000 pesos por la cabeza de cada uno de ellos, y el indulto en caso de que el ejecutor esté procesado por algún delito.

Se discutía esa atrocidad cuando entró un grupo de gentes del pueblo capitaneado por Prieto, Arriaga y Ramírez. Este grupo llevaba también una serie de peticiones espeluznantes: acabar con todas las monjas, cerrar todas las iglesias, substituir el Ministerio que está en funciones por otro que han de presidir Doblado y Garza, declarar el estado de sitio é interrumpir cualquier jurisdicción que no sea la militar.

Apenas se leían esas insensateces, cuando penetró por otra puerta el General Degollado. Iba á ofrecer sus servicios para perseguir á los asesinos de Ocampo; no quería mandar tropas, no deseaba honores; prometía no sacar á nadie de su casa, sino pelear cuerpo á cuerpo con los traidores, como el último soldado.

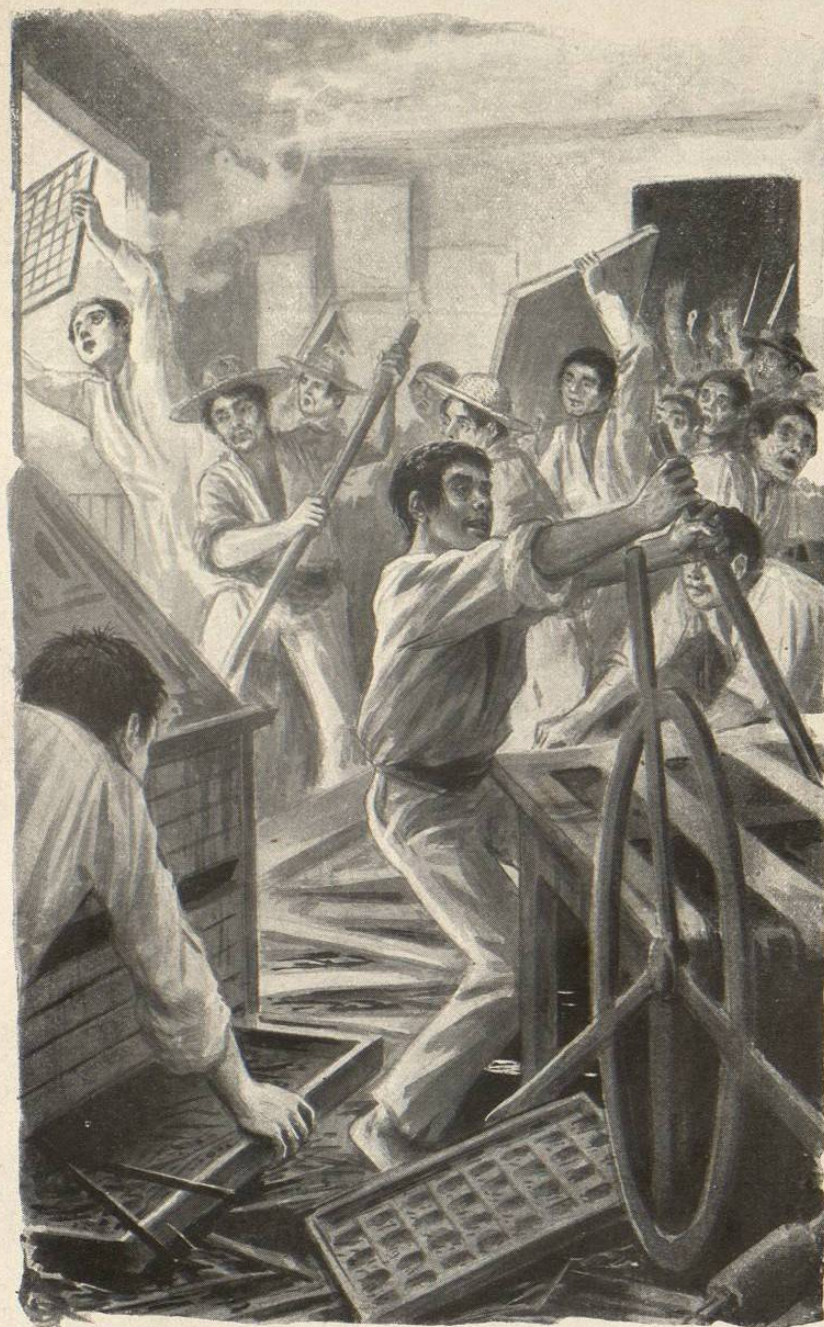
En todo el país la han pasado muy mal los conservadores; nada menos en Guadalajara mandó matar el Vicegobernador Vallarta al presbítero don Gabino Gutiérrez, que estaba preso, amparado por la Corte de Justicia.

Mientras se cuidaba á los presos políticos, una turba de gentualla penetró al entresuelo de la casa número 10 de la calle de las Capuchinas, donde estaba la imprenta del «Pájaro Verde». Destruyeron prensas y cajas, arrojaron los tipos á la calle y allí les prendieron fuego, fundiéndose la letra entre las llamas.

El 15 murió Degollado á manos de Buitrón. Parece que le abandonaron sus propios compañeros; que él, con toda calma, bajó del caballo para atar la rienda que se había roto, y que en ese instante fué alcanzado y muerto. Unos indios vieron que le dispararon los verdugos trece tiros, y que hasta el décimocuarto dejó de moverse el cuerpo.

Schiaffino, que anda *plagiado* en poder de Gálvez, recogió el librito en que Degollado apuntaba cuanto de notable le ocurría, y una sortija con un camafeo que representaba el gorro de la libertad y esta inscripción: «Todo por ti».

El 23 tuvimos la nueva de la muerte de Leandro del Valle. La víspera de salir Valle á la campaña, había estado en una tertulia, rodeado de música, de mujeres hermosas, de amigos cariñosos, de entusiasmo y de alegría. Allí estaba también la novia de Leandro. El día de la sorpresa se batió como un valiente. Ordenó primero que sus tropas formaran en batalla; debilitado su flanco izquierdo, formó en cuadro, después en triángulo y después



Una turba de gentualla penetró al entresuelo...

en ziszás. Estaba con tanta calma como si mandara los movimientos en un formación de gala.

Cuando le hicieron prisionero preguntó quién le hacía fusilar. «Márquez», le contestaron. «Entonces no hay remedio», dijo filosóficamente.

Escribió á su padre una hermosísima carta, en que dice una vez más que ha cumplido siempre con su deber; escribió otra carta á su novia haciéndole protestas de amor, y le envió una medalla que le había dado la niña, diciéndole



D. LEONARDO MÁRQUEZ

que no era el amuleto tan milagroso como ella creía.

Cuando le ordenaron que recibiera la descarga puesto de espaldas, «no soy traidor, dijo; he seguido una bandera, he pertenecido siempre al ejército regular». «El General Márquez, le replicaron, dice que usted es traidor á su religión». Sonrió Leandro, apostrofó á los verdugos diciéndoles que quería que el mundo entero supiera moriéndose de ellos, distribuyó el dinero que llevaba entre la tropa que debía tirarle y él mismo mandó la descarga, cayendo atravesado por siete balas.

¡Pobre Valle! había combatido contra la invasión americana y contra la clerigalla, y había sido siempre leal y pundonoroso. El día que se desencadenaron las fieras chinacas queriendo acabar con los prisioneros del partido contrario, Valle salvó la vida á Isidro Díaz, á Casanova, á Marín y á Cuevas. Debido al auxilio de Leandro salió de México Miramón, que ahora se halla en lugar seguro.

Márquez dejó libres á los compañeros de Valle para que hagan saber á los contrarios «que no más la cacha ha enseñado». ¿Qué preparará este salvaje?



CAPITULO IV

Una vela en el horizonte

Un pobre madre murió el año de 58, á consecuencia de un alumbramiento prematuro, y el viudo, don Juan Manuel Suárez Peredo, entró en posesión de los bienes, declarando que cuanto había quedado le tocaba en virtud de una cláusula del testamento de la difunta. Dos ó tres días tenía yo de haber llegado á México, cuando se apersonó en mi humilde vivienda el maldito viejo. Iba peinado de última moda, con el cabello teñido con no sé qué puercos menjurges, cuyo mal olor apenas alcanzaban á disimular todos los perfumes de Arabia que había vertido sin discreción en su ropa. Los dientes eran postizos; la piel estaba adobada con una serie de cosméticos en que predominaba el carmín, de manera que parecía su cara la de un histrión. La rumbosa